

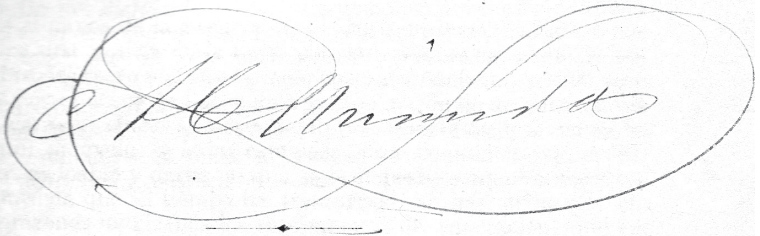
DISCURSOS

LEIDOS

EL 15 DE SETIEMBRE DE 1882,

EN LA ESCUELA

N. DE JURISPRUDENCIA.



MEXICO
IMPRESA DE AGUILAR E HIJOS,
Primera de Santo Domingo 5 y Santa Catalina 1.

1882

Los alumnos de la Escuela N. de Jurisprudencia, al dar á luz pública una noticia de la fiesta con que celebraron el 15 de Setiembre del corriente año la independencia nacional, no son movidos por el deseo de hacer gala y vano alarde de un patriotismo que, para ser sincero, ciertamente no necesita de que así se le ostente; muévelos sí á dar este paso, una aspiracion que, en su sentir, es loable y digna de que se le dispense simpática acogida.

A medida que el tiempo ha trascurrido, se han debilitado en los corazones mexicanos los sentimientos de veneracion, que en todo caso, merecen los que lucharon por independer á México del poder español ó por defender su honor ó autonomia, y ese agotamiento de la gratitud ha llegado hasta el triste extremo de que las fiestas de la Patria sólo se conmemoren por ceremonias organizadas directamente por la accion oficial. Para remediar ese mal en la medida de sus fuerzas, los alumnos de la escuela referida juzgaron á propósito invitar á los de la escuela N. Preparatoria y á los de las otras escuelas profesionales, para recordar reunidos, de la manera que lo hicieron, el fausto acontecimiento de nuestra emancipacion politica. Si su ejemplo contribuye en algo para avivar el entusiasmo individual, que tanto brillo da á las solemnidades de este género en las demas naciones, se verán satisfechos sus vehementes deseos, y si por acaso esto no sucede, siempre les cabrá la íntima satisfaccion de haberlo procurado.

En uno de los vastos salones del edificio en que se halla establecida la escuela de Jurisprudencia, y á las diez de la mañana, hora fijada para el principio de la solemnidad, se encontraban presentes más de 400 personas, entre ellas los alumnos de las di-

versas asignaturas en que está dividido el estudio de la Jurisprudencia, numerosas representaciones de las escuelas profesionales y preparatoria, que como se ha dicho fueron invitadas, y varios profesores de la Escuela, así como una comision de los profesores de la Escuela preparatoria, presidida por el Sr. Justo Sierra.

La magnífica música del 8º de caballería tocó el himno nacional, que fué escuchado de pié por los concurrentes. En seguida, el Sr. Lic. D. Bibiano Beltran dió lectura con voz conmovida á la acta de la declaracion de Independencia, cuyas últimas palabras fueron apagadas por la salva de aplausos con que fué saludado el pensamiento que en ella se encuentra expresado. Inmediatamente despues se pronunciaron discursos alusivos á la festividad por los Sres. Fernandez de Lara, García Rojas, Rodriguez Miramon y Gonzalez y una sonora y entusiasta poesia por el Sr. Valenzuela, dejándose oír en los intermedios de uno á otro discurso la banda del 8º, que ejecutó las más escogidas piezas de su repertorio.

Llegó despues de esto su turno á la parte más conmovedora de la fiesta: el venerable Sr. Beltran, empuñando la patria enseña, vitorió á la Independencia nacional, siendo contestado por calurosas aclamaciones. A continuacion cantaron el himno nacional con voz fresca y sonora los Sres. Manuel Escudero, Agustin Lazo y Andrés Molina, acompañados por la mencionada banda del 8º. y por el coro que formaron los concurrentes. Se dió fin á la fiesta concluyendo el Sr. Director de la Escuela, Lic. D. José M. del Castillo Velasco, la bandera nacional al salon de exámenes, donde se depositó para recuerdo perenne de tan felices instantes.

Grandiosa es la epopeya que hoy conmemoramos, y digna por mil títulos de que se le recuerde con esas fiestas del corazón cuya pureza desvanece los espesos vapores, que desprendiéndose de las humanas flaquezas, se interponen como tupidísimo velo entre nosotros y esos hombres cuyas tareas, para no calificarlas de locas y temerarias, es necesario que comprendamos lo sublime, impidiéndonos el juzgarlos con la justicia que se merecen. Si el corazón no desempeñara aquí el principal papel, si en algo fuera necesaria una competencia de que estoy lejano, no os dirigiera la palabra, mas persuadido de que la intensidad del sentimiento es lo que aquí tiene valía, he sofocado los gritos del amor propio.

Nada deja tan honda huella en la historia de los pueblos, como esos momentos supremos, en los cuales teniendo la conciencia de su propio valer, rompen los lazos que los unieran á extranjera tierra; si preguntáis á los habitantes de las escarpadas montañas en donde se asienta la Suiza, quien entre los mortales ha merecido las primicias de su afecto, si á los colonos de la América del Norte, si á nuestros hermanos del Sur los apostrofais de idéntica manera, ellos os contestarán con la misma idea aunque expresada con distintos nombres: Guillermo Tell, Washington, Bolívar: esto os demuestra que ningún servicio se aprecia tanto por los pueblos, como aquellos que se encaminan á darles independencia, justo es pues, á no dudarlo, más aún, estrechísimo deber, el que consagremos un recuerdo impregnado de profunda gratitud á todos aquellos, que ora con sus afanes cívicos, ora con su denuedo y valor, conquistaron para México una independencia de que era digno.

Pero señores, que este recuerdo no vaya mezclado con amargos odios, que nos vedarían tributar al conquistador hispano los homenajes á que es acreedor, por su conducta que tan vivamente contrasta con la del conquistador sajón. Lástima grande es que con las naciones no acontezca lo que en la familia acaece cuando alguno de sus miembros se separa de ella para ir á fundar otra nueva, ó cuando la emancipacion del hijo se hace por otras causas necesarias, entonces solo se dejan oír las santas palabras de la bendicion paterna, y no el clamoreo de vehementísimas pasiones;

pero de que esto no suceda, de que el desprendimiento de las colonias de su metrópoli vaya siempre acompañada de funestos combates, no vayamos á hacer culpable á España, que en tiempos del rey Carlos III, dió clarísimas muestras de querer apartar de las reglas que con este respecto fielmente observan todas las naciones, esto sería, señores, desconocer la fuerza del destino, y ahora esto sería tanto más impolítico, cuanto que la patria del defensor de Gerona, no puede menos que admirar al que fué sitiado en Cuautla, unamos, pues, los hosanas con que saludamos las figuras de nuestros libertadores, con las gracias que debemos á los que aquí trajeron el cristianismo y la castellana lengua, esto no puede herir en lo más mínimo los patrióticos afectos.

No solo debemos á los que en esta tierra destrozaron el poder español la independencia, les debemos tambien fecundísimas enseñanzas que es necesario no olvidar pues ademas de que redundan en honra suya nos procuran grandísimo provecho, ellas son numerosas, pero ni siquiera las enumeraré toda vez que esa tarea es una tarea en mucho superior, á mis escasas fuerzas, solo os recordaré dos que á la par que ponen de manifiesto la generosidad del general Bravo, y la profunda penetracion de Morelos, nos advierten que se debe anteponer á cualquier otro sentimiento el amor á la patria, y que aun en azarosas épocas es necesario mantener incólume el sincero respeto á la Ley. Bravo perdonando á 300 prisioneros, cogidos como tales en medio de guerrera lid, despues de haber escuchado la pavorosa nueva del trágico fin de su Padre, fusilado por los españoles, nos enseña que aun las mas imperiosas y justificadas reclamaciones de la ira deben ser desatendidas cuando esto acrecienta el brillo de los blasones pátrios. Morelos proclamando con su voz y con sus hechos que ni aun en los revueltos tiempos del combate es provechosa la autoridad, que no reconoce límite, nos proporciona utilísimo ejemplo que meditado por el pueblo en las horas aciagas, vigorizará su espíritu público si por acaso decae y hará renacer la esperanza consumida tal vez por la fatiga. Otras inmensas enseñanzas os podria citar para corroborar esta verdad; los insurgentes no solo aspiraron á darnos independencia, sino que quisieron que los mexicanos no se apartaran nunca de la senda del deber, así pues esforzémonos en seguirlos en la práctica honrándolos así, no con palabras vanas, solo la práctica constante de sus austeras virtudes, puede hacer estremecer de gozo en sus sepulcros, á esos insurgentes que nos legaron patria libre y épica gloria.

Señores:

Al calor sagrado que brota del recuerdo de los grandes hechos, el alma entusiasmada siente la exaltación de la gloria, la emoción sublime de los grandes sentimientos. Y de ahí es que esas manifestaciones de la admiración de un pueblo por su pasado, manifestaciones que se resuelven en «vivas» entusiastas, en cantos de alegría, en notas arrebatadoras, en ruidos gigantescos y que son como el saludo que el presente hace al ayer, son el espectáculo más grande y conmovedor que puede presentar la colectividad augusta de un pueblo, que tiene su pasado cubierto de heroísmos y su porvenir radiando de esperanzas. Pero cuando esos arrebatos presentan todo lo conmovedor del sentimiento más puro, y agregan todo lo sublime de la idea razonadora; cuando sobre todos los ruidos que producen las exaltaciones populares, se escucha el rítmico acento de almas inteligentes y jóvenes; cuando, en fin, se mira desbordarse todo el afecto de corazones vírgenes y toda la poesía de entendimientos elevados, entonces ese espectáculo tiene algo más que lo grande que conmueve, presenta todo lo bello de una aurora que no pudiendo contenerse en el Oriente, se precipita en cascadas de luz llenando de claridad el horizonte!

Tal es el espectáculo que en este momento se presenta á mis ojos, que agita profundamente mi alma y que influenciando todo mi sér, arrastrándome como por irresistible corriente, me hace llegar á este lugar á unir mi voz, aunque humilde, con el atornador *hossana* que llena los vientos.

Vengo, señores, á contemplar con vosotros ese interesante momento en que nuestra patria escuchó la nota primera del canto de su nueva vida, que tuvo por preludeo el tembloroso acento de un anciano y que tendrá por final la alabanza que los siglos entonarán á su grandeza; vengo á quemar junto con vosotros, el incienso de mi admiración y gratitud, en el altar bendito de los héroes y mártires de nuestra primera independencia; y vengo por último, á escuchar el presagio que con vuestros lábios de profetas hareis del porvenir, y á leer en el fuego de vuestra mirada todo lo grande de nuestros destinos futuros.

Yo no puedo repasar la primera página de nuestra historia contemporánea sin sentirme agobiado por las grandezas que contiene, por los heroísmos que ofrece, por ese lujo de abnegación, permítaseme la frase, que presenta en cada uno de sus hechos. Sus héroes toman á mis ojos el tamaño y las proporciones de la epopeya: hazañas increíbles, fatigas horribles, sacrificios de todos

los afectos, el tormento, el martirio, el cadalso, y sobre todo eso, la fé que sostiene, la esperanza que anima y el amor de la patria que alienta y vivifica, de la patria que era su soñado ideal, su único anhelo, cuyo nombre aclamaban en el combate y bendecían al morir, todo eso contiene su vida y llena las veneradas líneas de esa página.

Pero para comprender la magnitud de esos héroes, las magníficas proporciones de su esfuerzo, preciso es alzar el vuelo hácia el pasado y salvar las sombras de tres siglos que separan un momento de aurora de aquella triste y nebulosa tarde en que cayó hecha pedazos por la mano férrea de Hernán Cortés, el trono de los emperadores aztecas, triste tarde que solo conservó para alumbrar su noche, la humeante llama de la hoguera que martirizó á Guatimoc, y que al par que los piés del héroe, torturaba los delicados miembros de la patria.

Señores, no sabré deciros si la conquista por la fuerza bruta, la conquista que entra á fuego y sangre por donde la conduce el dedo inexorable del destino, fué un derecho, una necesidad, ó algo que la disculpe en aquellos siglos de nefasta memoria para nuestra patria; tampoco sabré deciros si una civilización necesita para implantarse el desolador sacrificio de otra civilización jóven y vigorosa, y si la tierra en que ha de sembrarse la semilla de la nueva idea deba ser abonada con los despedazados miembros de una raza inteligente: yo respeto profundamente esos inmensos mares de sangre, paréntesis de fuego en la historia, que nos encontramos en el camino de todas las nacionalidades; y las respeto profundamente, porque estoy convencido de que en la lucha entablada desde que el mundo ha existido por los principios del bien y del mal que se disputan su presa, la existencia, todo se resuelve en el bien, y aun el mismo mal, á su pesar, contribuye á la realización del primero. Y mas me he afirmado en esta convicción, cuando en un instante prodigioso de la vida humana, de un hervidero de grandezas y de lodos, de virtudes y vicios, de heroísmos y de bajezas, y de todos los elementos combinados de las pasiones humanas, hemos visto salir radiante de belleza, divina en su ternura, la santa diosa de la libertad. Venus, señores, surgiendo esplendorosa de un mar de sangre, ¡de ese mar de sangre que se llamó 93! Pero sí sabré deciros que si esas dolorosísimas convulsiones, esas sangrías terribles, esos holocaustos aterradores, no tuvieren objeto para el progreso; si de esos tremendos choques no naciera la fuerza bienhechora que nos conduce al porvenir, preciso sería maldecir el destino humano.

Triste, muy triste, era el cuadro que presentaba la patria después de la conquista. Ella antes altiva y grande, ahora llorosa y

abatida, sus manos encadenadas, y á sus piés el indio muerto, la corona imperial hecha pedazos y la vírgen azteca desfallecida y sin fuerzas, con su frente pura vilmente hollada por el caballo de batalla del Conquistador! Despues una inmensa noche, tres siglos de abyeccion y tiranía pesando sobre la mísera encadenada!

Nada enerva tanto los pueblos como la opresion, ningun trabajo los consume tanto como el infame trabajo de ser esclavos, y vosotros que conoceis tan bien la historia de esos tres siglos, valuareis la vitalidad india que segaría la afilada hoz de la tiranía española.

Para vivificar pueblos que llegan al enervamiento que llegó el pueblo mexicano, se necesita una lluvia de sangre de héroes; para despertar su energía, es preciso la protesta solemne de los mártires.

Hidalgo y los suyos lo comprendieron así, y con el valor de las grandes almas y la augusta serenidad del heroísmo, emprendieron la lucha, y la guerra fué. . . .

Once años duró esa guerra; once años de abnegacion, de sacrificios, de heroísmo; y al disiparse el humo del combate, el espléndido sol americano iluminó una nacionalidad libre, una tiranía destruida y miles de tumbas cubiertas con el lauro de los inmortales.

Héroes y martires de nuestra independendencia, á vosotros la gratitud y el amor del mundo ¡benditos seais!

«Os he dado la independendencia, á vosotros toca adquirir la libertad.» Esas palabras decia Iturbide al pueblo mexicano al realizarse el hecho sagrado de nuestra emancipacion. ¿Somos ya libres? ¡hemos aprovechado la herencia bendita de nuestros padres? «El mundo marcha,» dice Pelletan, y ningun obstáculo, señores, lo detiene en su camino; la marcha del mundo moral tiene leyes tan invariables como el mundo físico. Todas las naciones, unas despues de otras, con mas ó menos dificultades, recorren el sendero de las revoluciones para llegar á la prosperidad. Nuestra patria tambien ha tenido sus convulsiones; pero de todo choque brota una nueva luz: progresamos y desde el campo del presente, nuestros ojos descubren radiante de esplendores, el inmenso horizonte del porvenir.

Y ese es tuyo, brillante juventud, que te adelantas á él llevando escrito en la bandera que enarbolas *Amor, Libertad y Trabajo*; tuyo, sí, que hoy evocas las sombras heroicas del pasado y ante sus venerandos manes juras continuar la obra bendita de la humanidad y del progreso.—Dije.

Melchor García Rojas.

VERSOS

LEIDOS POR SU AUTOR EL 15 DE SETIEMBRE DE 1882 EN LA
ESCUELA NACIONAL DE JURISPRUDENCIA DE MÉXICO.

Hoy que la humana libertad corona
su noble frente de laurel y encina,
y con los rayos de su luz divina
baña del Polo á la abrasada Zona;
hoy que la voz de América pregona,
al ciclópeo rugir de sus volcanes,
el varonil empuje con que pudo
un puñado de heróicos mexicanos
desafiar un pueblo de titanes,
ante el derecho de mi pátria enanos:
acompañada de apolino coro,
al sacro fuego que mi pecho encierra,
rompa mi lira en cántico sonoro;
y tiemblen los tiranos de la tierra
al eco altivo de sus cuerdas de oro.

De las rüinas del antiguo mundo
y bajo el polvo de su régio manto,
como al beso del hálito fecundo
que las bíblicas aguas sacudia,
de amor y gloria levantando un canto,
Italia. nuevo Fénix, renacía;
y de la edad moderna en los umbrales
las Ciencias y las Artes triunfadoras,
repuestas en sus nobles pedestales,
con amoroso celo,
ofrecian á la vez halagadoras
mundos en el planeta y en el cielo.

Un hombre entónces al Oeste vuela;
 no es un hombre, es un dios que resucita
 en los escombros de la vieja Italia
 y cual águila audaz se precipita
 por el espacio en gigantesco vuelo.
 Nada vence sus fuerzas ni su brío;
 la noche tiende su capuz sombrío
 y se redobla su constante anhelo,
 y en medio de los tumbos de las olas
 águilas solo encuentra que le sigan
 en las heróicas tierras españolas.

Espantosa es la lucha; pero al cabo
 vencido el mar al grito omnipotente
 que aquel gigante de su pecho arranca,
 tiende á sus piés el Nuevo Continente,
 sobre los copos de su espuma blanca.

Allí, dice la Europa, señalando
 la nueva tierra, el porvenir se esconde;
 marchemos hácia allá la noble España
 con hondo grito de valor responde.

El Océano tiembla bajo el peso
 de la española gente,
 heróica aventura del progreso;
 y el mundo de Occidente,
 sobre los campos mismos de batalla,
 vé ceñirse á su frente
 la ibérica corona
 al eco ronco del cañon que estalla.

Un pueblo de alma helénica vivía
 en las montañas de Anahuác, su historia
 era á la luz de la leyenda ufana
 un poema de gloria.

Orgullosa y feliz en sus hogares
 el indómito azteca envanecido
 alzaba sus patrióticos cantares
 mezclados de los bosques al ruido
 y al sonar de los mares;
 sus reyes eran reyes soberanos
 y sus guerreros, rayo de la guerra;
 sus campos los mas bellos de la tierra
 ceñidos por dos grandes océanos.

A sus tímidas vírgenes el fuego
del trópico animaba,
y al contemplarlas luego
cosas de amor el corazón soñaba.

Era aquello el Eden del nuevo mundo,
y cual nelumbio de Occidente era
Tenoxtitlan, su capital, dormida
del lago entre las aguas placentera.

Ese era Anahuác; y su belleza
al contemplar el fiero castellano,
un dulce llanto su mirada empaña,
inclina la cabeza,
cae de rodillas y la nombra ¡España!

Pero se alza á luchar, enagenado
la quiere poseer; el continente
se estremece asolado
por el hálito horrible de la guerra;
el azteca resiste denodado,
y solo al golpe de contraria suerte,
sobre un monton de escombros espantoso,
en la orgullosa capital un día
extiende sus colores
el real estandarte victorioso
en los campos de Flandes y Pavía. . . .

Tres siglos trascurrieron,
y al beso conyugal del castellano
y de la azteca vírgen, nacieron
otros pueblos en suelo mexicano.

Cubria entre tanto á España
de sus reyes la negra tiranía;
y bajo el peso de la regia saña
América vivía.

Tenoxtitlan en el dolor sumido,
ante el mundo arrastrando sus cadenas,
en un Eden de libertad soñaba;
y del infame látigo al crugido
se encendía la sangre de sus venas.
Sin esperanza casi, agonizante,
de Cuauhtemoc y de Cortés sentia
el aliento gigante

apagarse en sus lábios contraídos;
 un redentor buscaba, y no veía
 sus deseos mesiánicos cumplidos.

Mas como se alza el aquilon violento,
 y del palacio á la modesta choza
 frenético destroza;
 como al vibrar el rayo por el viento
 retiembla el valle, se estremece el monte
 y lívido se enciende el horizonte:
 suena la voz en México de guerra;
 y siente tembloroso,
 sobre sus ejes vacilar la tierra,
 el león de Castilla, despertando
 al grito poderoso
 de *¡Independencia y Libertad!* tronando.

Un humilde anciano sacerdote,
 dando á los pueblos el sublime ejemplo,
 era el que osado *¡Libertad!* clamaba
 en los umbrales de su propio templo.
 Era el soñado redentor; su grito
 la divina palabra conducía
 por las ondas del éther infinito.
 Era Hidalgo, moderno Prometeo,
 rompiendo sus cadenas
 en la manchada frente del tirano;
 y á su voz contestando el clamoreo
 de un pueblo heróico, enardecido y fuerte,
 que ante él de rodillas repetía
¡Independencia, Libertad! ó Muerte!

El leon recobrado, la melena
 de cólera erizada.
 con sus rugidos llena
 los ámbitos del mundo; enfurecido
 al combate se lanza; pero en vano,
 que el bravo mexicano
 vé levantarse el sol de la victoria,
 bañando en luz las hojas de su historia,

Levanta, ¡oh patria! tu orgullosa frente;
 tus águilas reales en su vuelo
 por el zafir del cielo refulgente,

tu victoria proclaman;
y anunciadoras de la buena nueva,
de *Libertad* los goces
en la oprimida humanidad derraman.

Y vosotros, los héroes animosos
que á Hidalgo acompañábais,
que en el martirio mismo, victoriosos,
ejemplo eterno de valor nos dábais;
vosotros que nos disteis generosos,
con vuestra sangre, libertad y vida,
recibid las ofrendas
que os consagra nuestra alma agradecida:
ella aquí llega derramando cantos,
y guardando, de orgullo estremecida,
en su santuario vuestros nombres santos.

Y tú, el caudillo de indomable pecho;
de mi patria querida
el defensor constante del derecho.
Tú, Hidalgo, que ante España y ante el mundo,
como vencido atleta,
caistes en el campo de la historia
al peso inmenso de tu misma gloria:
álzate ¡oh padre de mi patria! el pueblo
que tú crear supiste, te proclama,
y como á tí la noche de Dolores
el patrio amor su corazón inflama:
álzate ¡oh padre de mi patria! y torna
á mirar á tu hija:
púrpura régia su hermosura adorna,
la oliva y el laurel ciñen su frente;
y ante esta nueva juventud ardiente
que hoy á la aurora de la vida asoma,
sabe triunfar como triunfaba Roma,
sabe enseñar como enseñaba Aténas?

Jesus E. Valenzuela.

Señores:

El cargo de orador es más que en otros, en este santo día, superior á mis fuerzas, y sin embargo ocupo la tribuna, porque á la debilidad de las ideas supera el poder de los sentimientos; y estos irresistibles sentimientos me obligan á manifestar mi admiración con todo el entusiasmo de la j6ven vida, por el hombre ilustre que nos diera la herencia más preciosa, la de la patria libre é independiente.

El solo nombre de Hidalgo recuerda una 6poca de gloria inmensa. . . . en noche oscura, desafiando al estampido de los truenos y al horroroso fulgor de los relámpagos, toma en su diestra la bandera de la justicia, y sereno camina clavándose espinas á su paso, sin exhalar una queja, con la bendita fé que alienta á los héroes, y lanza el grito de independencia, grito que parece descender del cielo para despertar á todo un pueblo, y conducirlo á la tierra prometida de la libertad. El humilde sacerdote enseña: que Dios no quiere que los pueblos tengan el cáncer de la esclavitud, sino la libertad, la independencia y el trabajo, elementos únicos que los engrandecen y elevan á las primeras cimas del progreso, porque la libertad, la independencia y el trabajo, son las principales corrientes de la vida. Pero la conquista de estos elementos cuesta grandes sacrificios, y el mérito de Hidalgo, mérito que solo es digno de los espíritus sublimes, está en haber aceptado los grandes sacrificios, que miraba pequeños frente al bien infinito de la redención de un pueblo. Impulsado por el amor de los amores, por el amor que á la pá-

tria profesara, dió el grito de independendencia con toda la pujanza de sus fuerzas, sabiendo que tendria por eco su muerte, pero este eco se perdía apagado por otro eco más solemne. . . . el del triunfo de la libertad! . . . ¡espectáculo magnífico que llena de encanto el corazon y eleva la conciencia al infinito! y así vemos al anciano venerable ya próximo á morir, regocijarse en su triunfo, y morir sonriente atravesado por infames balas, sobre el duro campo regado con su sangre, como si este fuera un blando lecho de rosas.

Juventud mexicana: jura ante esa sagrada imágen, conservar y sostener el acta de independendencia que es el evangelio de nuestra redencion social.

Hidalgo: la gratitud de un pueblo independiente y libre, es tu supremo elogio; ese pueblo independiente y libre, camina por medio de la paz y del trabajo á la plenitud de su vida; la paz y el trabajo, que reparten á maravilla sus encantos entre todas las clases sociales, y que descubren un porvenir brillante en las riveras del tiempo; ese pueblo independiente y libre, no puede olvidarte! . . . los años ni los siglos oscureceran tu nombre; grande fué tu idea, y el calor de las grandes ideas es inextinguible, porque tiene por fuente la justicia, y la justicia es Dios!

Alonso Rodriguez Miramon.

Señores:

Nada mas satisfactorio para el hombre que recordar aquellos episodios históricos que engrandecen ante el mundo al pueblo bajo cuyo pabellon se meció su cuna; nada mas digno de la conciencia humana que sentirse regocijada por la memoria de todos cuantos supieron sacrificar vidas y bienes por la adquisicion de los derechos que la escudan; y nada, pues, mas sagrado para todo mexicano que ensalzar la epopeya gloriosa de la Independencia y las virtudes de sus prohombres, que ella es la primera y la más espléndida página de nuestra historia, y esas virtudes, sobre las que se levantó inquebrantable el mas sagrado de todos los derechos, el derecho de la patria libre.

Tal es el motivo que á este grupo de mexicanos, alumnos de esta escuela, impulsa á hacer una modesta manifestacion de su amor á la obra del heróico cura de Dolores, que ellos comprenden bien que en justicia no se deben dejar pasar inadvertidos estos dias de gloriosísimas memorias, consagrados á la patria, y que si estas festividades tienden á vigorizar mas y mas el culto y la admiracion del pasado, constituyen tambien la mas firme base del apego á la ley y del amor á la nacionalidad.

Jamas podrá ser disculpada, señores, la apatía con que siempre se habia visto llegar este memorable aniversario, y mucho ménos hoy cuando todos debemos fortificarnos en este amor fecundo de la patria y robustecer todos los vínculos que nos ligan poderosamente al suelo que guarda los huesos de nuestros mayores y las huellas de sus titánicas luchas, al suelo que pródigo y generoso abre su seno para alimentarnos y enriquecernos, al suelo que debemos defender con nuestros brazos y adorar con nuestras almas.

La nacion mexicana está formada; tiene su historia: para la conquista de sus instituciones, y en consecucion de sus derechos, ha vertido su sangre generosa en los campos de batalla y el indomable aliento de su espíritu en las lides del pensamiento; ha encadenado para siempre al génio del mal, y libre ya de su in-

fluencia, en medio de una paz, lógica en razon de lo pasado, y salvadora en razon de lo porvenir, se encamina serena por la senda que conduce al reinado de la ley y de la justicia, al reinado del progreso. Por eso hoy, mas que nunca, debemos grabar hondamente en nuestras almas el amor á nuestras glorias y el culto á nuestra historia, que solo el sentimiento mas levantado de los pueblos, el amor á la patria, puede hacer vibrar el nervio de las grandes obras y sostenerla en las grandes caidas.

Por nuestra posicion en el continente somos el baluarte de la raza latina en las Américas, y el pueblo que tiene que dar pruebas mas enérgicas de su vitalidad y de su fuerza, y por una condicion fatal, el pueblo tambien en que de una manera mas honda se mezcle, con los intereses comerciales y políticos, el carácter de los pueblos sajones. Hoy mismo, sin necesidad de evocar al porvenir, estamos sintiendo ya la influencia de ese elemento y palpando de una manera evidente, la trasformacion de nuestro carácter y de nuestras tendencias: á la inercia, en que por tanto tiempo estuvimos sepultados, ha sucedido la vida del trabajo con su incesante movimiento. Pero ese trabajo se ha desarrollado á su impulso y bajo su accion constante, ese trabajo establece perpétuo contacto entre el trabajador y el capitalista, y produce por lo mismo la indirecta intervencion del extranjero en nuestros asuntos económicos, como mas tarde pudiera producirla en nuestra vida política y en nuestras relaciones internacionales. Ante semejante perspectiva; qué debemos hacer para conservar nuestra dignidad como pueblo y nuestra independencia nacional? ¿Qué oponer á su influencia? Nuestra indomable firmeza como hombres, nuestros derechos como pueblo libre.

Para desarrollar estas virtudes, para realizar estos propósitos, necesario es despertar en las ignorantes multitudes y en las apáticas clases ilustradas el fuego santo del amor patrio, calentarsu corazon con nuestros recuerdos de gloria, y levantar en cada pecho un altar á lo pasado; á lo pasado, sí, y á todo lo que es eminentemente nacional, idioma, arte, religion. Tales son los grandes lazos de las colectividades etnológicas, y en los cuales se confunden los recuerdos del niño, los legados del padre, y los ideales del hombre.

La significacion de la fiesta que hoy celebra nuestra escuela es por lo tanto de alta trascendencia, y constituye la promesa de que sus miembros sabrán defender con honra y asegurar con lealtad ese don santificado por la sangre de los héroes de la Independencia, y fecundado y engrandecido por los nobles esfuerzos de aquellas generaciones que prepararon con sus luchas la era de paz por que atraviesa la República.



Y no podia esperarse ménos de esta juventud agradecida y noble, que se instruye y que labra su porvenir á la sombra tutelar del gobierno, representacion la mas genuina de esa madre, de esa madre comun que amamos todos; de esa juventud que nacida entre las ruinas humeantes de la Republica, tuvo por arrullo el canto del guerrero, y su primera revelacion de patriotismo en los hechos de sus padres durante la lucha contra el invasor frances y el emperador austriaco; de esa juventud que siente correr por sus venas la sangre heróica del pueblo español y palpar en su conciencia algo como el reflejo del valor y del patriotismo del antiguo azteca.

En el fondo de su corazon juvenil y ardiente, no gastado ni empequeñecido por las miserias repugnantes y egoistas de la vida, hay un tesoro infinito de fé, pero no de esa fé que crea mártires, sino de esa fé viril que crea héroes, y con ella entrará resuelta en la lucha de la vida, animada por su energía, y decidida á hacer por la patria, si fuere necesario, de su pecho, baluarte para ella; de sus brazos, armas; de su cerebro, luz.

Yo, el último de todos, pero no el ménos entusiasta, hago, señores, sinceros votos porque ese amor sea inextinguible fuente de bienes para sus conciudadanos, de honra para sus padres y de gloria para México; porque esta solemnidad que remueve en su alma toda la grandeza espiritual de los afectos, le sirva siempre como de dulce esperanza al pensar que en la nueva generacion se conservan incólumes los heroicos sentimientos y los arances sublimes de la raza latina. Hago votos tambien porque este entusiasmo y este cariño patrióticos sean el más valioso legado que dejen á sus hijos, y que éstos, como ellos, bendigan, admiren y amen á los hombres de corazon que nos dieron patria, cifren en ella su amor y su esperanza, y sepan conservar su integridad y su prestigio.—Dije.—Setiembre 15 de 1882.

Manuel Gonzalez (hijo).
